X

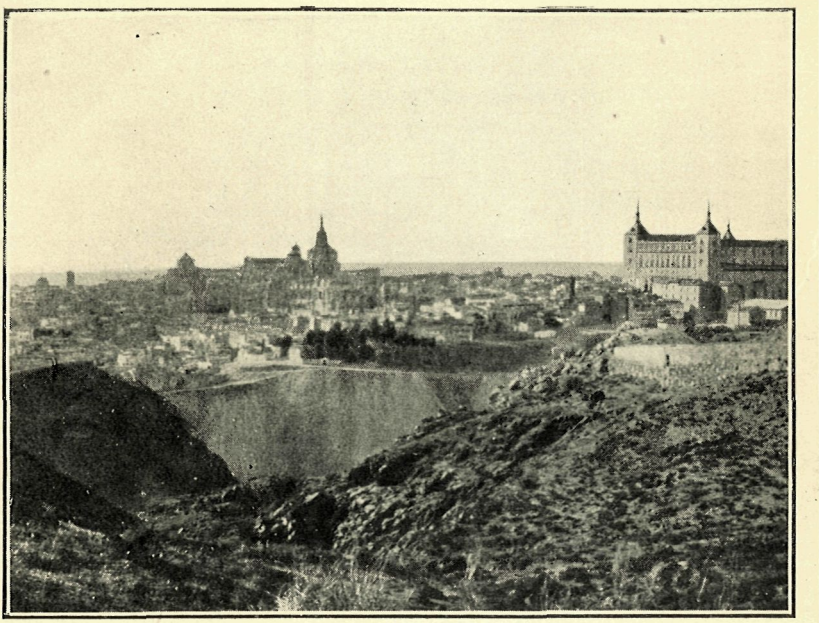
La jornada del Guadecelete

TOLEDO no había perdido para la población hispana su prestigio. Habitada por una gran mayoría de gentes de la raza vencida, conservaba orgullosa el recuerdo de los días felices en que había sido cabeza de España. Sus moradores sentían odio profundo hacia el emir y hacia los árabes, y animosos y altivos, añorando su perdida grandeza, ansiaban recuperar sus libertades y apenas dejaban transcurrir dos decenios sin desacatar a sus gobernadores y sin rebelarse contra Córdoba. Tres veces se habían sublevado en lo que iba de siglo. Valiéndose del renegado Amrus, ambicioso traidor, que sin escrúpulos se prestó a hacer asesinar con engaño en un banquete a los más ilustres toledanos, sus hermanos de raza, Alhaquem había ahogado la rebelión primera por medio del sangriento convite conocido por "jornada del foso". El emir entregó después al incendio la ciudad y obligó a dispersarse por los llanos cercanos a una parte de los habitantes de Toledo, consiguiendo, por el terror, que la generación que había presenciado tales daños, permaneciera sumisa a sus mandatos y aun a los de su hijo Abderraman. Pero como suele ocurrir cuando hombres nuevos, libres del recuerdo doloroso que amedrentaba a sus mayores, pero herederos de sus odios y de sus deseos de venganza, ocupan el primer plano decisivo en la dirección de los asuntos públicos, pasados treinta años desde la primera revuelta de Toledo, los hijos de los

traicionados y vencidos se alzaron otra vez contra el emir como sus padres, y durante siete años tuvieron en jaque a sus ejércitos, atacaron a los árabes de los alrededores y combatieron incluso a los bereberes de Santaver y Calatrava. Sólo después de porfiadas luchas, en 835, y mediante otra nueva defección de un desleal y ambicioso toledano que huyó de la ciudad y se unió con su gente en Calatrava a los debeladores de Toledo, fué la plaza rebelde conquistada por las armas de Córdoba. Los toledanos entregaron rehenes como prenda de paz, y el gobernador de Abderraman reedificó el castillo, alzado en otro tiempo por Amrus sobre el carnoso cerro que se yergue inexpugnable junto al Tajo, en el mismo lugar donde se eleva hoy el Alcázar de El César.

Poco duró esta vez la sumisión de la antigua capital de la monarquía hispanovisigoda. El mismo año de 852, en que Mohamed llegó al trono, los toledanos prendieron a su gobernador, le trocaron por los rehenes que tenían en Córdoba, llegaron hasta Calatrava en son de guerra, forzaron a huír a los defensores del castillo y se prepararon a pelear contra las tropas andaluzas. En la primavera que siguió a estos sucesos, Mohamed, hermano del soberano musulmán, recuperó de los toledanos Calatrava y restauró sus fortificaciones; pero en la campaña de verano, los soldados de Córdoba sufrieron un grave descalabro. No habían aún abandonado Andalucía las tropas mandadas por Kasim Benalabás; acampaba éste en Andújar con la caballería de Teman, cuando, de improviso, se vieron atacados por los toledanos, dirigidos por Síndola. Había este jefe osado atravesar Sierra Morena y preparado una emboscada a las huestes leales enviadas a combatir Toledo. Su atrevida incursión tuvo éxito completo: Kasim y Teman fueron vencidos, su campamento saqueado y Síndola hizo entre sus soldados víctimas numerosas. La derrota sufrida por los generales del emir tenía trascendencia sobrada para mover a la acción al soberano.

Las sierras de Minaya y de Nambroca



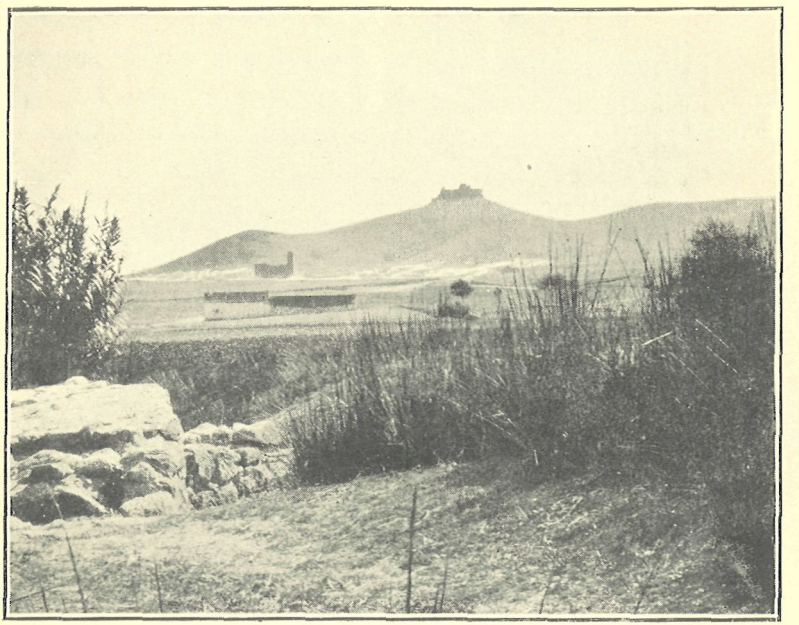
Toledo, desde el Cerro Cortado

A la importancia del desastre se añadía la del lugar donde se había padecido, pues como no mediaban dos jornadas entre Andújar y Córdoba, la victoria de los rebeldes en plena Andalucía ponía en peligro la misma capital del emirato. Mohamed se sintió, en efecto, amenazado; preparó una campaña decisiva contra los insurgentes y en el estío del año que siguió a la rota referida, en junio del 240 de la héjira, 854 de la era de Cristo, se puso al frente de un ejército y marchó con él contra Toledo.

Los rebeldes habían calculado que serían combatidos con firmeza después de su osadía de penetrar en tierras andaluzas y habían procurado disponer eficazmente la defensa. Sus propias fuerzas no eran bastantes para triunfar de Córdoba. Necesitaban reforzarlas con otras numerosas y capaces. En la península sólo podían esperarse socorros de los vascos y de Ordoño, el hijo de Ramiro, rey cristiano de Asturias, uno y otros enemigos perpetuos de los emires cordobeses. A ellos acudieron los toledanos en busca de auxilio y alianza, y lo alcanzaron. Ordoño comprendió que le importaba mucho mantener la guerra civil dentro de la España musulmana y a Mohamed ocupado en luchar con los rebeldes de Toledo. Mientras el soberano sarraceno tuviese que mellar su espada junto al Tajo, no le sería dable descargarla en las sierras de Asturias y Galicia, y si era posible vencerle a cientos de millas de la raya cristiana, se apartaría por unos años de las fronteras de su reino la endémica amenaza que pesaba de por siempre sobre ellas. La atracción natural que habían, además, de ejercer sobre su ánimo la comunidad de raza y en parte de creencias de los levantados en armas en Toledo, le movería asimismo a acudir rápido en su auxilio, y en efecto, conforme su interés y su simpatía aconsejaban, accedió a la demanda de los rebeldes toledanos y envió en su socorro un importante ejército mandado por su hermano Gatón, conde de El Bierzo.

Desde Córdoba llevaba hasta Toledo una vía romana que por Despeñaperros subía hacia *Laminium*, situada no lejos de las lagunas de Ruidera —donde se eleva hoy Alhambra—, bajaba luego hasta Consuegra, cruzaba el Algodor muy cerca de sus fuentes, y avanzaba en seguida con rumbo al Noroeste, dejando a la derecha, primero la elevada colina, donde se alzaba ya quizás el castillo de Mora, y después los enhiestos cerros donde el de Almonacid erguía hasta los cielos sus almenas. Forman aquéllos el límite oriental de la llanada que bordean por el Sur las peladas y carnosas colinas —en aquellas planicies se las tiene por sierras— de Villaminaya y de Nambroca y el cerro agudo y triangular de Layos. Larga de varias leguas, cubierta de olivares, de viñas y de trigos, la tierra rubia que presiden los caseríos blanquísimos de Nambroca y Burguillos, desciende después en rápido escalón hasta las márgenes del Tajo. Ni un río, ni una fuente importante consuelan su sed en el estío; sólo el mísero arroyo Guadecelete o Guazalate, viniendo de las tierras de Orgaz y de Sonseca, penetra en la planicie por entre los cerros de Almonacid y de Minaya y atraviesa después la zona de saliente de los llanos. Pero el arroyo corre tan seco, exhausto y parco en agua, que aunque permite a numerosas norias chuparle sus entrañas subálveas, no puede ofrecer alivio decisivo en sus sequías a toda la faja señalada que se mira de lejos en el Tajo.

Por la vía de Córdoba a Laminio y de Laminio a Consuegra y a Toledo, avanzaría el emir con sus soldados, meditando el plan de ataque a la ciudad rebelde. Mientras atravesaba por entre viñedos y trigales, éstos dorados y aquéllos florecidos al claro sol de junio —ya fatigoso en la planicie polvorienta de la Mancha— el soberano pesaría con cuidado los augurios de triunfo y las posibilidades de fracaso. El encendido entusiasmo de los revoltosos toledanos, su odio a los emires, su valor, su osadía, su arrogancia, y sobre todo



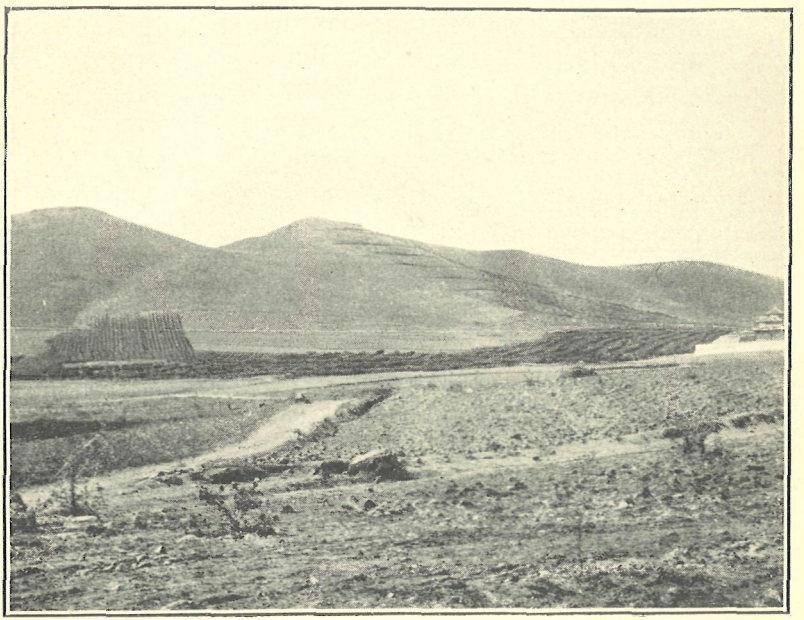
Almonacid, desde el camino de Nambroca

la presencia entre ellos de tropas asturianas, hacían temible una derrota, si no se daba a partido la fortuna. Atacar las fortificaciones de Toledo, erguidas sobre cerros, ceñidas por el Tajo y defendidas, juntamente, por los muladíes toledanos y por las huestes asturianas, era aventura condenada a seguro fracaso. Importaba combatir en campo abierto a renegados y cristianos. En campo abierto y con ventaja que asegurase el triunfo. Para lograr sus fines Mohamed acudió a la astucia y al engaño, buscó auxilio en los accidentes del terreno y supo aprovecharlos. De una parte el Guadecelete, siempre exhausto, apenas atravesado por el viejo camino cerca de Almonacid, se curvaba y se curva hacia poniente y se hundía y se hunde en la tierra a lo largo de su curso. Al cruzar el arroyo Guazalate, Mohamed encontraba por tanto ante sus ojos, en el flanco derecho de su hueste, un amplio y pedregoso parapeto. De otra parte, a la mano izquierda del ejército, se alzaban, no muy lejos, las colinas que el barroquismo regional tiene por sierras, entonces acaso cubiertas de maleza y hoy pobladas de olivos, que alineados, gordezuelos, femeninos y grises, trepan a veces en formación perfecta hasta las mismas cumbres de los cerros. Al pie de las dos cimas hermanas de la sierra frontera al cauce vacío del arroyo, y al abrigo de los suaves alcores donde Almonacid venera a la Virgen de la Oliva, podía también el soberano esconder muchas tropas a la mirada de los exploradores de Toledo. Pero tales lugares se hallan a unas tres horas de la vieja ciudad hispanogoda y era preciso atraer a los enemigos hasta ellos. Para aprovechar el socorro inesperado del terreno, el sutil ingenio de Mohamed discurrió una aventurada estratagema. Apostó en los repliegues descritos, cercanos del arroyo, la mayor parte de sus fuerzas y con un corto número de hombres avanzó hacia Toledo por el camino de Nambroca, por la llanura que vigila el castillo, a cuyo amparo se cobija, alba y deslumbradora, Almonacid.

Dejada Nambroca a las espaldas y caminada poco más de una milla por entre frondosos olivares, al subir a una pequeña altura, como hoy divisa desde ella el caminante la mole rectangular del palacio de Carlos, rey de España y César de Germania, Mohamed pudo ver asimismo, cortando el horizonte, las torres del castillo alzado por Amrus sobre el tajado cerro, asiento en nuestros días del Alcázar. Pudo ver y ser visto. Al trasponer la altura pudieron descubrirle las avanzadas de los rebeldes toledanos, apostados quizá en los encinares de la Legua y de la Sisla y aun ser adivinado por los reflejos de las espadas y de las lanzas de sus tropas desde los mismos torreones del castillo de Amrus, el renegado.

Las vigías y atalayas de Toledo verían avanzar escasas fuerzas en su ataque, y gozosos al punto llevarían la noticia a Gatón, el astur, y a sus caudillos. Los cordobeses estaban a unas millas, el combate esperado se acercaba. Pero no se presentaba tan terrible como se había imaginado. Las huestes del emir eran menguadas y no podrían resistir a toledanos y a astures reunidos. No era, pues, necesario, aguardar el ataque tras las torres y almenas de Toledo. Podía tomarse la iniciativa en la pelea e intentar el exterminio o cautiverio de los soldados cordobeses. En minutos se congregarían las tropas aliadas, cruzarían el puente sobre el Tajo, treparían por la hendidura del Cerro Cortado hasta las cumbres de la colina frontera del castillo, avanzarían luego por la calzada que atraviesa los encinares montuosos de la Sisla y de la Legua y en menos de una hora se hallarían en el raso pelado de Nambroca, frente a las avanzadas de las en apariencia escasas fuerzas de Mohamed.

Este emprendería entonces la retirada discurrida para atraer a los rebeldes a las celadas puestas junto al Guadecelete, y los toledanos con los astures de Gatón, sus aliados, enardecidos al ver retroceder al enemigo y de-



La ermita de la Virgen de la Oliva

seosos de no dejar escapar la presa fácil y la fácil victoria que se les ofrecían, avanzarían llenos de confianza tras las huestes de Córdoba, sin sospechar un punto la hábil y astuta maniobra de que iban a ser víctimas. Arrastrados así por los soldados del emir, Gatón y sus mesnadas, y Síndola y las suyas, marcharían por el camino de Nambroca hasta unas suaves lomas situadas a unas diez millas de Toledo, tras las cuales corre el Guadecelete y en las que esperaría Mohamed el ataque. Quizás sin detenerse arremeterían, corajudas y esperanzadas las fuerzas de Asturias y Toledo a las huestes muslimes, mientras Mohamed sonreiría satisfecho al ver caídos en sus redes a los sublevados toledanos y con ellos a los politeístas o gallegos, pues con ambos vocablos conocían en Córdoba a los cristianos, súbditos de Ordoño.

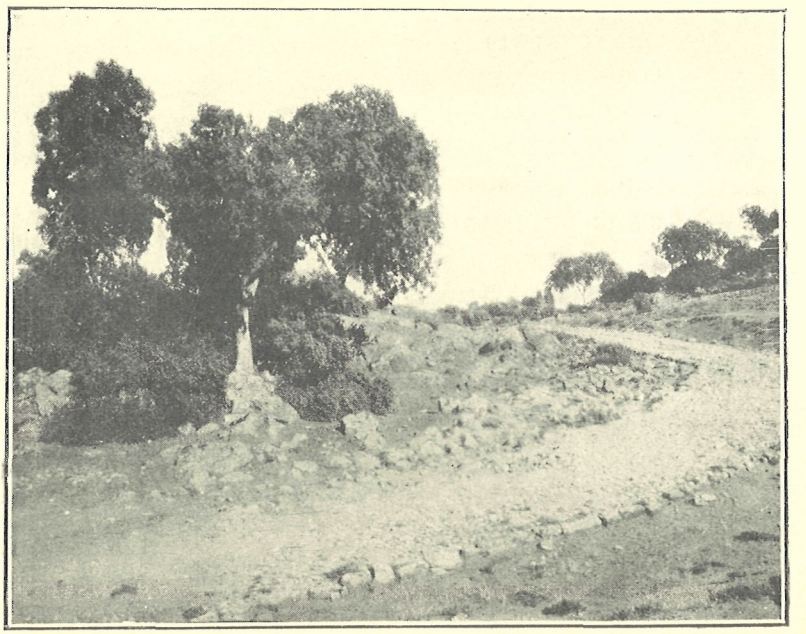
Entablado el combate, los toledanos y las huestes cristianas vieron con gran sorpresa surgir a la derecha y a la izquierda de las míseras tropas que habían perseguido cuerpos numerosos de jinetes que se precipitaban unos tras otros sobre ellos. Con la espada en lo alto o con la lanza en ristre, aquellos caballeros musulmanes, escondidos en las hondonadas del Guadecelete en estiaje o detrás de las alturas donde hoy se adora a la Virgen de la Oliva, cayeron como halcones sobre grullas o como lobos sobre ovejas sobre las filas desconcertadas de toledanos y de astures. La pelea se convirtió en matanza y el hijo de Julio, cristiano de Toledo, pudo decir a Muza, el renegado, como cuenta un poeta, "Veo la muerte por doquiera".

Al conocer el yerro cometido saliendo a pelear a campo abierto y la emboscada a que, torpes, se habían dejado conducir sin sospecharlo, las fuerzas de Ordoño y los rebeldes de Toledo huyeron a acogerse tras los muros de la ciudad del Tajo. Pero lo que creyeron triunfo fácil se había trocado ya en trágica derrota. Las tropas cordobesas, cansadas de cebar lanzas y es-

padas en carne de enemigos, dieron paz a la mano, y según las bárbaras costumbres de la época, decapitaron a las víctimas y amontonaron sus cabezas. Hasta ocho mil reunieron sobre el teatro del combate, y mientras, como el poeta nos refiere, las dos montañas del Guadecelete o Guazalate lloraban silenciosas por los muertos de Asturias y Toledo, las tropas leales al emir presenciaban la escena fiera y trágica que solía acompañar a las victorias sarracenas. Los más exaltados y fanáticos de los creyentes musulmanes treparon sobre el alcor sangriento formado con las cabezas de los muertos, y embriagados de furia, insensibles a las muecas feroces y a las miradas pavorosas de los cráneos, pusieron sus plantas sobre el montón informe y atronaron los aires con aullidos de gracias y gritos de alabanza al dios eterno y único, que la escasa razón de los humanos, cegados por el vapor de sangre, hace mezclar estúpida en sus fieras querellas.

Mohamed había logrado castigar con dureza la osada incursión a Andalucía del año precedente, cargó carros y acémilas con los despojos de toledanos y de politeístas, y regresó hacia Córdoba. Esta le vió entrar vencedor y contempló coronadas sus almenas con las cabezas de las víctimas, y toda Andalucía y aun las costas de Africa, recibieron como trofeos de victoria los cráneos mutilados de los muertos que habían hecho correr siquiera un día, y éste no cristalino, sino teñido en rojo, al exhausto y miserable arroyo, testigo del combate.

Había sido dura la jornada para los toledanos y los politeístas, pero no tanto como los cordobeses pregonaron, hablando de veinte mil cadáveres. A lo menos Mohamed no osó atacar Toledo después de la victoria, y no juzgaría tan decisivo el triunfo cuando, al cabo de meses, reforzó considerablemente la guarnición de Calatrava por temor a que los sublevados que declaraba aniquilados osaran combatirla; puesto que dos años des-



Calzada entre los encinares de la Sisla y de la Legua

pués de la batalla, hacía bloquear, inútilmente, la ciudad misma de Toledo por el príncipe Almondir, y ya que en el siguiente, los indomables toledanos se atrevieron a abandonar el seguro refugio de sus muros y a atacar Talavera, situada a muchas leguas de sus casas.

La derrota sufrida por Gatón frustró los planes del monarca asturiano. El desastre, menos sensible por haber tenido lugar lejos de la frontera, dió ocasión, sin embargo, a una campaña de castigo realizada por los sarracenos contra Alava. Excitado a cólera el emir por la ayuda prestada por Ordoño a los rebeldes, el año posterior a la batalla, mientras aumentaba las fuerzas de choque de las fortalezas cercanas a Toledo, ordenaba a las gentes de la Frontera Superior que atacaran la tierra de cristianos. Cumplieron éstos sus mandatos y Muza, hijo de Muza, ahora obediente al soberano, penetró a la cabeza de las tropas muslimes en los valles de Alava y razió con saña aquella región extrema de saliente del dilatado reino astur.

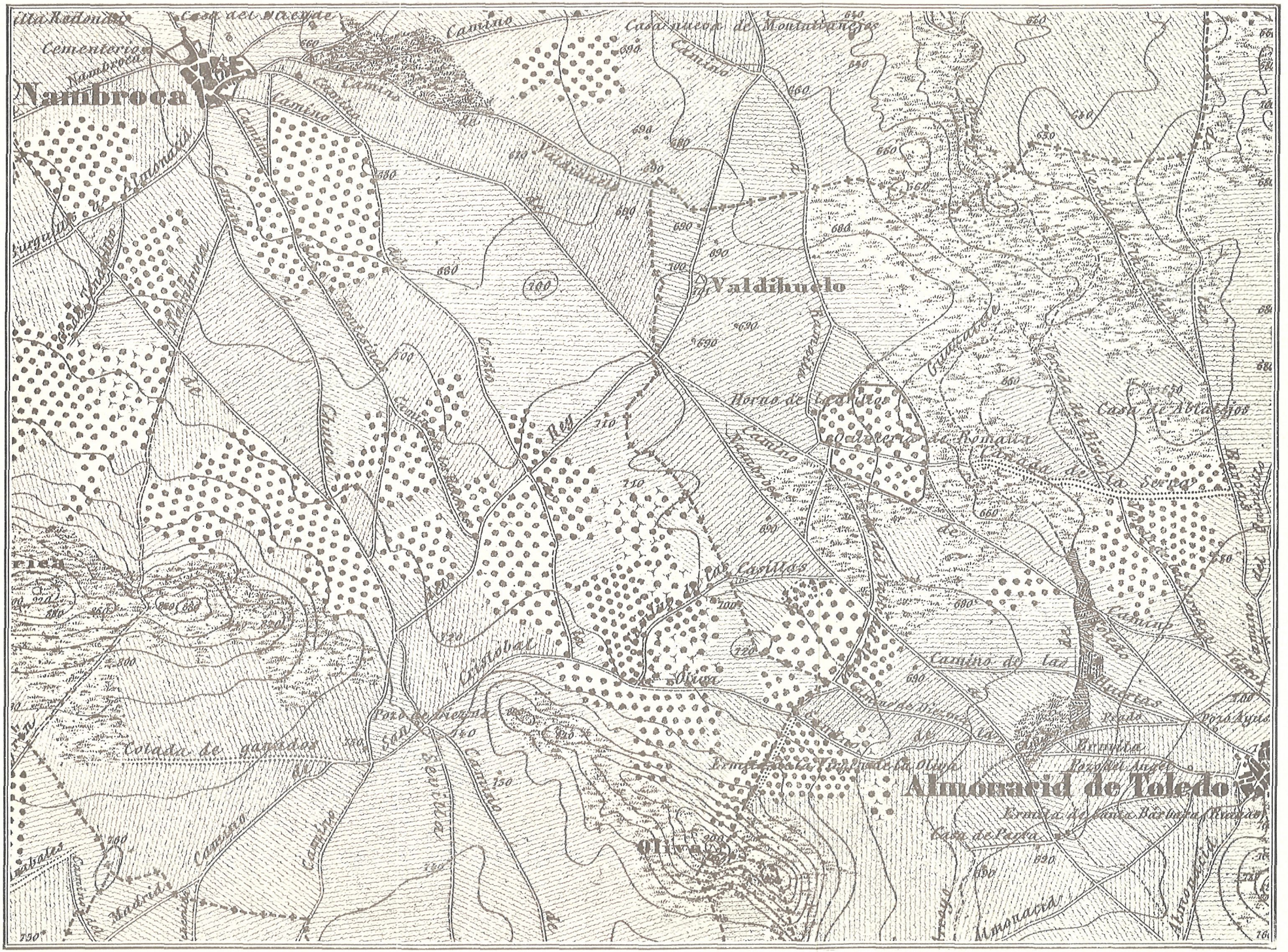
Si el emir cordobés se hubiese visto libre de cuidados en los veranos inmediatos, los estados de Ordoño hubiesen sido combatidos en ellos, como ocurrió más tarde. Pero Mohamed no pudo enviar al Norte sus soldados. Toledo continuó insumiso y el emir se vió forzado a realizar cada año una campaña contra la ciudad de incircuncisos y de politeístas. Almondir la bloqueó entre la primavera y el estío del año 856 de Cristo; El Mazu Benabdalla el Arif, gobernador de Talavera, resistió con fortuna, en 857, la acometida toledana; Mohamed mismo sitió Toledo en la inmediata primavera y aun logró hacer caer el puente sobre el Tajo que los rebeldes guarnecían; pero meses después, el 745 de la héjira, 859 de la Era Cristiana, al concederles la amnistía, hubo de reconocer al cabo su impotencia para domar la plaza. En aquel año, agravóse el problema religioso en las calles de Córdoba con el martirio de Eulogio, el metropolitano de los mozárabes de España;

los normandos aparecieron de nuevo en las costas atlánticas, y a estos dos gravísimos asuntos se unieron, para más inquietar al soberano, la actitud hostil de hecho de Toledo, que se entregaría por entonces a Lope, hijo de Muza, el jefe de los rebeldes Benicasi, y la política vacilante, aunque enemiga de este orgulloso y bravo renegado, que dominaba desde Tudela y Zaragoza todo el valle del Ebro, desde los Monegros hasta Haro. Toledo y los mozárabes, los normandos y Muza, imposibilitaron al emir para realizar ningún ataque contra Asturias, y Ordoño, no obstante la rota de Gatón junto al Guadecelete, tuvo así espacio y libertad bastantes para tomar la iniciativa en la pelea (1).

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

(1) Páginas de mi *Historia del reino de Asturias*. En esta obra ofreceré al lector indicación precisa de las fuentes utilizadas para trazar este relato.

TOLEDO
Cobisa
Burguillos
Nambroca
La Cabra
Valdihuelo
Almonacid de Toledo
Chueca



El Guadecelete